

Un sendero guevarista: pervivencias y torsiones en los orígenes de las “Fuerzas Armadas Revolucionarias” (1966-1970)*

A Guevarist path: survivals and variations in the origins of the “Revolutionary Armed Forces” (1966-1970)

Mora González Canosa**

Resumen

El artículo aborda el itinerario político-ideológico recorrido entre 1966 y 1970 por los grupos que fundaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1970-1973, Argentina). Se analiza su participación en distintas experiencias guevaristas (algunas prácticamente desconocidas, como su integración en la sección argentina del “Ejército de Liberación Nacional” liderado por Inti Peredo). Para concluir, se matizan las consideraciones que las FAR elaboraron sobre su propia historia, examinando las pervivencias y torsiones de aquel legado en la nascente organización.

Palabras clave: grupos fundadores, guerrilla rural, lucha urbana, “Fuerzas Armadas Revolucionarias”.

Abstract

The article approaches the political and ideological itinerary crossed between 1966 and 1970 by the groups that founded the Revolutionary Armed Forces (1970-1973, Argentina). Analyzes their participation in different Guevarist experiences (some virtually unknown, as its integration into the Argentina section of the "National Liberation Army" led by Inti Peredo). To conclude, re-examines the FAR the considerations made by the FAR on its own history, analyzing the survivals and variations of that legacy in the nascent organization.

Keywords: founding groups, rural guerrilla, urban struggle, “Revolutionary Armed Forces”

* Este artículo profundiza una ponencia presentada en las VI Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL, Argentina, agosto de 2012. Agradecemos a las coordinadoras de la mesa “Organizaciones políticas y movimientos sociales” por sus comentarios y sugerencias.

** Argentina, Licenciada en Sociología y doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad Nacional de La Plata). Docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata y becaria del CONICET con lugar de trabajo en el IDIHCS-UNLP. Correo electrónico: gonzalezcanosa@yahoo.com.ar.

Introducción

Las “Fuerzas Armadas Revolucionarias” condensan varias problemáticas de relevancia en las décadas del sesenta y setenta. Entre ellas, el proceso de identificación con el peronismo de importantes sectores de izquierda, la legitimación de la violencia como forma de intervención política y la opción por la lucha armada como modalidad específica de ponerla en práctica.

La organización se presentó públicamente en 1970 con la toma de la localidad bonaerense de Garín y terminó fusionándose con Montoneros en 1973. Sin embargo sus grupos fundadores venían gestándose desde tiempo atrás a partir de escisiones de distintos partidos de la izquierda marxista. Constituidos originalmente con el objetivo de ligarse al proyecto de Ernesto Guevara para el cono sur de América Latina, estos grupos transitaron un itinerario signado por una *doble ruptura*. La primera de ellas culminó en su constitución como “organización político-militar” de actuación nacional y urbana en 1970. La otra, ya hacia 1971, en su identificación con el peronismo.

Pese a su importancia, no contamos con ninguna investigación sobre las FAR y casi todas las referencias que aparecen en la bibliografía reproducen lo expresado en uno de sus documentos más conocidos: “Los de Garín”, publicado en *Cristianismo y Revolución* (FAR, 1971b). Allí la organización realizó un racconto de sus orígenes explicando el ciclo de redefiniciones político-ideológicas experimentado desde la muerte de Guevara hasta el Cordobazo. Esas redefiniciones los habrían llevado a abandonar la estrategia guevarista, de carácter continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, y a delinear un proyecto político centrado en las especificidades de la realidad nacional que privilegiaba la lucha en las ciudades en virtud de la importancia otorgada a la clase obrera en Argentina. A su vez, sin dejar de reclamar una lectura marxista de la realidad nacional y al socialismo como objetivo final, asumían por primera vez al peronismo como identidad política mediante una serie de consideraciones de orden teórico, ideológico y político que se convirtieron en una referencia importante para los activistas interesados en la conjunción entre la izquierda marxista y el peronismo. El documento dio lugar además a una intensa polémica con el PRT-ERP, originando uno de los debates más conocidos en el campo de las organizaciones armadas.

Más allá de la importancia que tuvo en la época, este documento no deja de expresar la interpretación que las propias FAR elaboraron sobre su historia. Una interpretación que, como todo relato de los orígenes, enfatiza la coherencia en la evolución del grupo buscando en el pasado líneas de continuidad -y en este caso también de superación- que consoliden y legitimen sus apuestas políticas presentes. En ese sentido, puede ser pensado desde la perspectiva de Pollak (2006), considerando las estrechas conexiones entre memorias

militantes e identidades políticas¹. Y, también, atendiendo a la dinámica entre el pasado y el futuro que se produce en el presente por la cual, como señala Koselleck (1993: 338-342), el “horizonte de expectativas” reconfigura incesantemente el pasado activado en el presente que constituye el “espacio de experiencia”.

Desde esas claves, puede observarse que tanto la participación de sus grupos fundadores en un proyecto de inspiración guevarista -que en varios puntos ya no se condecía con su estrategia-, como las discusiones que antecedieron a su identificación con el peronismo, fueron señaladas por las FAR como experiencias superadas en el marco de un proceso de aprendizaje que conducía a su proyecto actual. Lógicamente, desde esa visión retrospectiva ambas experiencias, y los debates implicados que no llegaron a hacerse públicos, perdieron su propia sustancialidad.

El objetivo de este artículo es analizar el itinerario político-ideológico recorrido entre 1966 y principios de 1970 por los grupos que formaron las FAR. Si bien las discusiones sobre el peronismo comenzaron a adquirir relevancia ya sobre el final de este período, el trabajo pone el foco en el otro proceso de ruptura que atravesaron estos militantes, que fue la clave de esta etapa. Es decir, las derivas que los llevaron desde su participación en una estrategia de orden continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural hasta su constitución como organización político-militar de actuación nacional y urbana. Como veremos, abordar en profundidad este itinerario y enfatizar su dimensión procesual, permitirá comprender también las pervivencias y torsiones al calor de las cuales se fueron gestando los cambios señalados. Para ello apelaremos a la escasa bibliografía relativa al tema, a fuentes escritas de distinto orden, entre ellas documentos de la organización que hasta hoy permanecen inéditos, y a entrevistas a ex militantes de las FAR y de las experiencias guevaristas por las que aquellos transitaron.

El frustrado intento de sumarse a la guerrilla de Guevara en Bolivia (1966-1967)

La Revolución Cubana cambió el panorama de la izquierda latinoamericana, erosionando la hegemonía que hasta entonces habían tenido los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética. Entre las transformaciones generadas hubo dos que consideramos centrales: aquellas que conciernen al tema de las “etapas” y a las “vías” de la revolución. La primera tiene que ver con las formas de pensar el carácter de la revolución. En sintonía con los viejos planteos trotskistas sobre el carácter “permanente” de la revolución, para importantes sectores de izquierda el caso cubano parecía mostrar la posibilidad de que en América Latina aquella fuera un proceso ininterrumpido, simultáneamente democrático-nacional y socialista. Al mismo tiempo, el rol de las burguesías nacionales, cuyos intereses

¹ Respecto a las relaciones entre memoria e identidad, que aquí pensamos en relación con las identidades políticas, Pollak destaca que la memoria es “un elemento constitutivo del sentimiento de identidad, tanto individual como colectiva, en la medida en que es también un componente muy importante del sentimiento de continuidad y de coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí.” (Pollak, 2006: 38).

se consideraban irremediabilmente atados al imperialismo, pasó a considerarse secundario en dicho proceso. La segunda consistió en reinstalar a la lucha armada como método urgente de debate frente al privilegio por las formas legales de acción política sostenido por buena parte de los partidos comunistas latinoamericanos. Así se refería Guevara al legado del proceso revolucionario cubano para el continente:

Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son ellas: 1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3) En la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo ([1960] 1967a: 27).

Se encuentran allí los núcleos de la naciente “teoría del foco”: un ejército popular puede vencer a un ejército profesional; no hay que esperar que maduren todas las condiciones para la revolución puesto que las subjetivas pueden ser creadas y la guerrilla debe ser, sobre todo, rural. Cabe agregar la simultaneidad política y militar de la dirección del proceso revolucionario (es decir, sin la distinción organizativa entre un partido y un ejército, propia de las experiencias revolucionarias más conocidas) y el alcance continental de la lucha, también centrales en la perspectiva que Guevara trazó sobre todo en *La guerra de guerrillas* (1960) y “Guerra de guerrillas: un método” (1963).

Tanto en los discursos de Fidel Castro como en los escritos del “Che”, se consideraba que las condiciones objetivas necesarias para iniciar un proceso revolucionario estaban dadas en la mayor parte de Latinoamérica. La excepción la constituían aquellos países donde hubiera gobiernos elegidos por alguna forma de consulta popular, donde las posibilidades de lucha cívica no estaban agotadas. Mientras tanto, las condiciones subjetivas terminarían por desarrollarse al calor de la lucha, cuya modalidad privilegiada sería la acción armada:

Las condiciones objetivas para la lucha están dadas (...) Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperialistas y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada, que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (como condición imprescindible a toda revolución verdadera) (Guevara, [1961] 1967b: 520).

De hecho, haciéndose eco de las interminables polémicas sobre las “vías” y la excepcionalidad o no del caso cubano, Guevara sostenía que la guerra de guerrillas era “la vía correcta” para América Latina ([1963] 1967c: 558).

Otro de los puntos centrales de esta perspectiva fue la consideración del campo como escenario principal de la lucha armada. Basado en cuestiones de orden estratégico y táctico, Guevara sostenía que aquél era el terreno más favorable para la lucha, el que le brindaba a la guerrilla mayor capacidad de movilidad y defensa volviéndola menos vulnerable a la represión que las fuerzas urbanas. Solo allí existían condiciones para que el pequeño núcleo guerrillero fuera conquistando sucesivas zonas liberadas donde podría realizar reformas parciales, asentarse y convertirse en un ejército popular regular que terminaría librando una guerra de posiciones contra el ejército opresor. Por ello, si bien señalaba la importancia de la lucha en las ciudades, sostenía que debía subordinarse al mando de la guerrilla rural, que constituiría la dirección político-militar del proceso revolucionario aún en los países predominantemente urbanos².

Guevara no dejaba de destacar en sus escritos que la premisa básica de la guerra de guerrillas era contar con el apoyo de la población. Sin la adhesión de las masas campesinas y obreras de las zonas en que actuara -advertía-, no podía admitirse esta forma de lucha ([1963] 1967c: 551). Aún así, es necesario subrayar el papel clave que otorgaba al pequeño núcleo de hombres que iniciaba la guerrilla -aquel “pequeño motor” que pondría en marcha el “gran motor” de las masas-, y el ejemplo de la acción armada como forma no exclusiva pero sin dudas central de conquistar el apoyo de la población.

Por lo demás, en la perspectiva guevarista la guerra de guerrillas sería tanto una lucha prolongada como de escala continental. Dadas las características comunes que le atribuía a América Latina y la unidad de sus objetivos, enemigos y métodos, la lucha antiimperialista y socialista sería “a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión”. Más aún luego de la Revolución Cubana, cuando ya no sería posible tomar por sorpresa al imperialismo norteamericano, que intervendría sin tener en cuenta las fronteras nacionales:

Dado este panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá por necesidad histórica, caracteres continentales. La Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista ([1963] 1967c: 559).

² Sobre este punto pueden verse los trabajos ya citados y para el tipo de tareas que le otorgaba a la lucha en las ciudades también el escrito que redactó en Bolivia antes de su muerte (Guevara, [1967] 2005a).

Guevara aclaraba que la dimensión continental de la lucha no excluía el estallido independiente en distintos países, pero su estrategia promovía la coordinación previa de su puesta en marcha. Al igual que los proyectos en que efectivamente se embarcó.

Quedaban así trazadas las coordenadas de la llamada teoría del foco, que despertaría acaloradas polémicas a lo largo del continente. Tiempo después -cuando Guevara ya se había instalado en Bolivia-, Debray publicó *Revolución en la Revolución*, un libro que, contando con el apoyo del gobierno cubano y basado por cierto en los trabajos de Guevara, simplificaba canónicamente su perspectiva. El escrito generó gran repercusión y se convirtió en una suerte de manual en que el autor, a partir de una particular lectura de la experiencia cubana, extraía una serie de lecciones sobre el futuro desarrollo de la revolución latinoamericana. Allí, evadiendo cualquier matiz en pos de una serie de fórmulas rotundas, el lugar de la discusión y el trabajo político resultaba prácticamente prescindible aún en las zonas rurales donde eventualmente se instalara la guerrilla. Antes del desarrollo del foco, porque sólo servirían para dilatar el inicio del combate y provocar inútilmente al enemigo. Y, luego, porque en términos de ganar la adhesión de la población vecina, una acción armada exitosa valía más que “doscientos discursos”. Al mismo tiempo, la lucha urbana, subordinada en el pensamiento guevarista a la guerrilla rural, era directamente despreciada pues mientras que la montaña proletarizaba a burgueses y campesinos, la ciudad era capaz de “aburguesar” hasta a los proletarios (Debray, 1967).

Hacia mediados de la década del sesenta se desarrollaban con variada suerte numerosas guerrillas en América Latina, todas ellas influidas, y en muchos casos apoyadas, por la Revolución Cubana. En Guatemala el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre dirigido por Marco Antonio Yon Sosa proclamaba objetivos socialistas en Sierra de las Minas y Luis Turcios Lima conducía las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) comandadas por Douglas Bravo se volcaban hacia la guerrilla rural en Venezuela recibiendo apoyo de combatientes experimentados y armas llegadas de Cuba. En Colombia ya habían surgido las FARC, que contaban por entonces con una amplia base campesina, y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) dirigido por Fabio Vázquez todavía contaba con Camilo Torres en sus filas. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ya operaba en Nicaragua y, en Perú, todavía actuaban el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Luis de la Puente Uceda y el ELN dirigido por Héctor Béjar (Pereyra, 2000).

En Argentina, existían antecedentes de lucha armada de diversa índole, tanto el más lejano de los Uturuncos (1959-1960), surgido al calor de la resistencia peronista, como la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). El EGP, dirigido por Ricardo Masetti llegó a instalarse en Salta entre 1963 y 1964, donde fue duramente reprimido (Rot, 2000). Por su parte, el grupo de Ángel “Vasco” Bengochea se entrenó en Cuba entre 1962 y 1963, rompiendo a su vuelta con Palabra Obrera -partido trotskista dirigido por Nahuel Moreno-, para formar las FARN. Su objetivo era montar un foco rural en Tucumán, pero no pudo concretarlo puesto que en 1964 varios de sus militantes murieron a causa del derrumbe de un edificio ubicado en la calle Posadas, donde estaban manipulando explosivos (Nicanoff y Castellano, 2006). Tanto

el EGP como las FARN, que alcanzaron a tomar contacto entre sí, fueron impulsadas por Guevara como parte de la estrategia para el cono sur que trazó en los primeros sesenta. Esa estrategia preveía, en principio, el desarrollo de focos guerrilleros en Argentina y Perú - fundamentalmente a través del ELN dirigido por de la Puente Uceda y el MIR de Héctor Béjar-, y contó con colaboradores de la Juventud Comunista de Bolivia, país considerado entonces como base logística y zona de tránsito (Taibo, 1996).

Mientras tanto, Cuba continuaba siendo el epicentro de las convocatorias revolucionarias. En enero de 1966 se realizó en La Habana la Conferencia de la Tricontinental (la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina –OSPAAAL-), y en agosto del año siguiente el primer y único congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). La declaración final de la OLAS constituyó un llamamiento hacia toda América Latina reafirmando la sumisión de las burguesías locales a la oligarquía terrateniente y el imperialismo, el carácter socialista de la revolución latinoamericana y la lucha armada como estrategia fundamental para alcanzarla (OLAS, [1967] 1982).

Por su parte, luego de volver del Congo en 1966, Guevara se preparaba para retomar su viejo proyecto para el cono sur de América Latina, que esta vez comenzaría asentándose en Bolivia, previendo avanzar luego hacia Argentina y Perú.

En ese contexto, diversos grupos argentinos respondieron a la convocatoria de convertir la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra de América, haciendo suya la consigna guevarista de crear allí “uno, dos, tres, muchos Vietnam” (Guevara, 1967d). De hecho, entre los años 1966 y 1967, cuando la dictadura de Onganía proclamaba clausurados los tiempos de la política, más de un centenar de militantes argentinos se entrenaron militarmente en Cuba³. Si bien en muchos casos no conocían los pormenores del proyecto guevarista ni el rol que podrían jugar en él, la mayoría aspiraba a seguir los pasos del “Che”. Para entonces, él ya se encontraba en Bolivia.

Provenientes de orígenes político-ideológicos diversos, como el trotskismo, el comunismo, el peronismo y el catolicismo radicalizado, la mayoría contaba ya con una considerable militancia previa, tanto en el ámbito estudiantil y gremial, como en distintos grupos y partidos políticos. Los principales enlaces que posibilitaron su entrenamiento en Cuba fueron militantes que habían participado en la trama argentina del primer proyecto sudamericano de Guevara, como Luis Stamponi, sobreviviente de las FARN; Agustín Canello, Marcelo Verd y Ciro Bustos, del EGP, y otros como Antonio Caparrós y John William Cooke, este último instalado en la isla desde inicios de la década.

Uno de esos grupos lo conformaron justamente militantes que habían participado en la red urbana del EGP -como Canello y Verd-, y en las FARN. Entre estos últimos, tanto Stamponi como Carlos Pérez Betancourt y Manuel Negrín habían tenido una importante

³ Coinciden en la cifra tanto la entrevista realizada por la autora a Ricardo Rodrigo (2012), como Cano (2011) y Rodríguez Ostría (2011).

inserción sindical durante su militancia en Palabra Obrera, sobre todo en la época de la estrategia de “entrismo” en el peronismo del partido. Otro grupo, reclutado por el anterior, lo conformaron activistas del “Movimiento Universitario Reformista” (MUR) - nucleamiento estudiantil conformado por distintas agrupaciones de izquierda, sobre todo de la FJC- que militaban en la Facultad de Derecho de la UBA e incorporaron a unas treinta personas de la zona sur de Buenos Aires, sobre todo de Banfield y Lomas de Zamora. Entre ellos se destacaban Ricardo Rodrigo, Guillermo Tamburrini, Eduardo Streger y Ricardo Puente, quienes, además de militar en la universidad, habían participado activamente en las movilizaciones contra la política de racionalización económica de la dictadura de Onganía en Tucumán, que implicó despidos masivos de trabajadores azucareros y el cierre de numerosos ingenios (Ramírez, 2008). Por entonces, también coordinaban sus acciones con el Sindicato de Prensa dirigido por Eduardo Jozami y Emilio Jáuregui, el último de los cuales participará con ellos en los entrenamientos en Cuba. Tanto el grupo proveniente de las FARN y el EGP, como el del MUR de Derecho y otro grupo de veinte personas que sumaron en Córdoba, viajaron a la isla entre marzo y abril de 1967, donde se adiestraron en la zona de Pinar del Río y en las montañas del Escambray (entrevista a Rodrigo; Cano, 2011). Por la misma época, a través de Marcelo Verd, también llegó un pequeño núcleo militante del ya disuelto “Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentina” (escisión, a su vez, del MIR-Praxis liderado por Silvio Frondizi), en el que estaban Ramón Horacio Torres Molina y Samuel Slutzky, quien luego se integrará en las “Fuerzas Armadas Peronistas” -FAP- (Campos y Rot, 2010).

Además, para entonces ya estaban recibiendo instrucción en Cuba tanto un pequeño núcleo de militantes de La Plata⁴, como dos grupos del peronismo combativo. Uno de ellos orientado por Gustavo Rearte, dirigente de la JRP y el MRP⁵, y otro compuesto por militantes de “Acción Revolucionaria Peronista” -grupo liderado por Cooke- entre los que estaban Francisco Alonso, Raimundo Villaflor y Néstor Verdinelli, luego miembros de las FAP (Anzorena, 1989; Pérez, 2003). Y, en septiembre de 1967, llegarían a través de Juan García Elorrio -director de *Cristianismo y Revolución*- militantes de los “Comandos Camilo Torres” quienes, habiendo iniciado su militancia en el cristianismo postconciliar, ya se habían identificado con el peronismo y años después fundarían Montoneros. Entre ellos estaban Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus, Emilio Maza y Norma Arrostito, quien se adiestró en tareas urbanas (entrevista de la autora a Lewinger, 2007 y 2011 y Lanusse, 2005).

Entre esos grupos estuvieron aquellos tres que, con el correr de los años, fundaron las FAR.

⁴ Laura Alcoba (2012) ha narrado en forma novelada la experiencia en Cuba de este grupo -conocido como “los cinco de La Plata”-, donde se entrenaron con varios otros mencionados aquí. Pasado el tiempo, algunos de los militantes platenses se integrarían en Montoneros.

⁵ El “Movimiento Revolucionario Peronista”, orientado por Gustavo Rearte y Héctor Villalón, surgió en 1964 agrupando a dirigentes sindicales combativos de la FOTIA, navales, calzados, jaboneros, ceramistas y perfumistas; sectores ligados a la “Juventud Revolucionaria Peronista” orientada por el propio Rearte y de la JP de Salta cuyo referente era Armando Jaime. En su programa fundacional llegó a recomendar la lucha armada como método supremo de acción, afirmando la necesidad de construir un “ejército del pueblo” y “milicias obreras” para iniciar la “lucha armada contra los sectores privilegiados nacionales e imperialistas” (Baschetti: 1988: 161-162).

Uno de ellos fue el encabezado por Carlos Olmedo, donde también sobresalía la figura de Roberto Quieto. Fue gestado por militantes que, iniciando sus trayectorias políticas en el Partido Comunista (PC), habían circulado por diversos ámbitos disidentes del partido durante el primer lustro de los sesenta. Estos fueron “Vanguardia Revolucionaria” (VR), grupo político escindido en 1963; el Sindicato de Prensa, desvinculado de la órbita del PC hacia 1965, y la revista político-cultural *La Rosa Blindada*, cuyos integrantes fueron expulsados en 1964. En esta etapa temprana, lo integraban algunos militantes que fueron claves en su gestación aunque con el correr de los años no ingresaron a las FAR como Antonio Caparrós, Eduardo Jozami, Oscar Terán y Lila Pastoriza⁶. Con las particularidades propias de cada uno de esos ámbitos disidentes, en todos ellos la discusión sobre la lucha armada como camino ineludible al socialismo había jugado un rol clave. De hecho, VR, donde había militado Roberto Quieto, llegó a establecer nexos con la experiencia del EGP⁷. El grupo como tal comenzó a gestarse en el segundo semestre de 1966, al calor de la nueva coyuntura represiva. Si bien no conocían con exactitud los planes de Guevara, desde sus primeras reuniones se plantearon conformar una organización vinculada a Cuba y relacionada con una estrategia de orden continental. Para entonces, Antonio Caparrós ya había estado en la isla y Jozami, luego de un viaje previo, volvió en octubre con la idea de organizar el entrenamiento de militantes allí. También viajaron Roberto Quieto y Carlos Olmedo, el último de los cuales se entrenó entre diciembre de 1966 y abril de 1967⁸. Más allá de su decidido fervor guevarista y procubano, cuando el grupo leyó por primera vez el folleto de Debray, en enero de 1967, no dejó de plantearle una serie de críticas por considerar que el “foco” subsumía la construcción del partido en el ejército, relegando la política a un lugar secundario:

La primera vez que leímos el folleto de Debray nos pareció una cosa insostenible, todavía nos quedaba bastante de leninismo y de sentido común de la política. Yo venía de ser secretario de un sindicato donde habíamos tenido conflictos, asambleas, listas, alianzas. Y de pronto eso de que bastaba formar un ejército y que a partir de ahí se iba a ir creando el partido y qué sé yo nos parecía un disparate” (entrevista de la autora a Jozami).

⁶ Roberto Quieto, Lila Pastoriza y Antonio Caparrós participaron de VR; Carlos Olmedo, Oscar Terán y Antonio Caparrós de *La Rosa Blindada* y Eduardo Jozami del Sindicato de Prensa, al cual Quieto se sumó como asesor legal.

⁷ Sobre las mencionadas escisiones del PC y la gestación de este grupo puede verse González Canosa (2012).

⁸ Caparrós estuvo en Cuba entre febrero y marzo de 1966 gracias a las gestiones de Néstor Lavergne, un argentino ex militante del PC que vivía allí y había trabajado junto a Guevara en el Ministerio de Industria. Ya en tiempos de Illia, Lavergne le había propuesto a un grupo de militantes de la *Rosa Blindada*, entre los que estaban Juan Gelman, José Luis Mangieri y Antonio Caparrós, la necesidad de comenzar a preparar un grupo político-militar previendo el inminente derrocamiento del gobierno. El proyecto de Lavergne no se concretó, pero Caparrós capitalizó esos contactos para este nuevo grupo (entrevista de la autora a Néstor Lavergne, 2012). Jozami viajó por primera vez en mayo de 1966 invitado como representante del Sindicato de Prensa por la Central de Trabajadores cubanos, pero fue en octubre cuando volvió para organizar las actividades del grupo allí (entrevista de la autora a Eduardo Jozami, 2007). Según Vignollés (2011) Quieto estuvo dos veces en la isla, una a mediados de 1966 y la otra en diciembre.

También consideraban que eventualmente habría que consolidar una “organización más nacional, buscar el modo de que la política estuviera más presente y que las ciudades eran demasiado importantes en la Argentina” como para no darles un lugar más estratégico (entrevista de la autora a Lila Pastoriza, 2010)

Sin dudas, el texto de Debray no adquirió la repercusión que tuvo sólo por el contenido de sus formulaciones. Su autoridad derivaba en gran medida del patrocinio del gobierno cubano, cuya colaboración e interés por el escrito se destacaba en el prólogo del folleto. Además, por entonces se acrecentaban los rumores sobre una futura guerrilla comandada por Guevara, que el mismo texto insinuaba: “Cuando el Che Guevara reaparezca, no sería aventurado afirmar que estará al frente de un movimiento guerrillero *como jefe político y militar indiscutido*” (Debray, 1967: 103, destacado en el original). En este sentido, el impacto de la convocatoria guevarista hizo que las objeciones del grupo al texto de Debray pasaran rápidamente a un segundo plano:

Sin embargo, unos meses más tarde, nosotros, como mucha otra gente, habíamos, yo diría, olvidado esas críticas. Las habíamos olvidado porque sabíamos que era el Che el que estaba atrás de esto, que el Che estaba en Bolivia, que de alguna manera este manual era como un punto de unificación de lo que tenía que ser un movimiento latinoamericano. Y si bien nunca llegamos a decir ‘qué bueno que es este folleto’, era tal el peso que tenía la convocatoria del Che, la idea de que el camino era la revolución, que bueno, las cosas las íbamos discutiendo, pero como que uno no podía estar al margen de eso. Bueno, hay una frase de Cooke que lo expresa de una manera muy clara. Cooke dice en uno de sus escritos: yo prefiero equivocarme con el Che Guevara que acertar con Victorio Codovilla” (entrevista a Jozami, 2002, disponible en el Archivo Oral Memoria Abierta -en adelante AOMA-).

El grupo se enteró de los pormenores del proyecto del “Che” en Bolivia -aunque no de cuál podría su rol preciso en él- a través de Tamara Bunke (Tania), que a pedido de Guevara contactó a Jozami en enero de 1967 para que viajara a ese país. Jozami y Pastoriza fueron en dos ocasiones, primero en febrero, cuando llegaron hasta Camiri junto a Tania pero no pudieron quedarse a esperar al “Che” por cuestiones de seguridad, y la segunda en marzo, cuando ya no pudieron contactar a nadie debido al aislamiento de la guerrilla (entrevistas a Jozami y Pastoriza). Por entonces Caparrós y Olmedo todavía estaban en Cuba, mientras que otra parte del grupo, entre ellos Terán, Jozami y Pastoriza, estuvieron allí entre julio de 1967 y principios de 1968 recibiendo entrenamiento guerrillero. En ese período, Roberto Quieto y Carlos Olmedo permanecieron en la Argentina ampliando el grupo, que realizó

por entonces algunos entrenamientos rudimentarios relacionados con tácticas de guerrilla rural⁹.

El segundo grupo lo conformaron militantes que rompieron con la Federación Juvenil Comunista (FJC) en 1966, ya con la idea de viajar a Cuba y participar de algún proyecto liderado por Guevara. En principio se fueron del partido alrededor de quince dirigentes de la FJC, capaces de movilizar un contingente de militantes varias veces mayor¹⁰. Lo lideraba Alfredo Helman, y entre otros lo integraban Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat, Mercedes Inés Carazo, Sara Solarz, Jorge Gadano, Alfredo Moles y Alicia Gillone, todos con una considerable trayectoria en el comunismo¹¹. El grupo inició sus gestiones para viajar a Cuba a mediados de 1966 a través de Ciro Bustos (Helman, 2005; Bustos, 2007). Luego de un viaje de Alfredo Helman para organizar el traslado de estos militantes, en diciembre de ese año partieron a la isla el propio Helman, Marcos Osatinsky, Alejo Levenson, Marcelo Kurlat, Alfredo Moles y Jorge Gadano, donde permanecieron hasta abril de 1967. Allí se entrenaron en la zona de Pinar del Río, de donde retornaron con el objetivo de “conformar la columna argentina del proyecto guevarista”. De hecho, a su vuelta algunos de ellos se trasladaron a Perico del Carmen (Jujuy, Argentina), donde llegaron a instalar una radio capaz de recibir mensajes desde La Habana y exploraron la zona pensando en crear una base de apoyo a una eventual columna guerrillera que bajaría desde Bolivia (entrevistas de la autora a Carazo, Solarz y Moles; Helman, 2005). Previamente se habían encontrado en Cuba con militantes del grupo de Olmedo y hubo algún intento de integración entre ambos que se frustró por desavenencias personales (Helman, 2005: 137).

El último de estos grupos había iniciado su militancia a comienzos de los sesenta en el “Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis” orientado por Silvio Frondizi. Luego se

⁹ Entre los militantes más conocidos que se fueron incorporando en este grupo figuran Osvaldo Olmedo, Juan Pablo Maestre y su mujer, Mirta Missetich, Eusebio Maestre, María Antonia Berger, Teresa Meschiatti y un grupo de militantes jóvenes como Alberto Camps, Raquel Liliana Gelin, Leonardo y Jorge Adjiman, Isabel, Carlos y Liliana Goldemberg, Sergio Paz Berlín, María Angélica Sabelli, Pilar Calveiro, Horacio Campiglia, Alcira Campiglia, Claudia Urondo y María Adelaida Viñas, todos ellos luego dirigentes de las FAR. Terán, quien si bien no ingresó en las FAR para 1968 todavía estaba en este grupo, calcula que entonces serían unos cuarenta militantes (2005, AOMA).

¹⁰ Según Helman (2005: 128) para entonces el grupo contaba con unas cuarenta personas. Por su parte, Alfredo Moles (entrevista de la autora, 2010 y 2011) afirma que llegaban al centenar incluyendo a todos aquellos militantes dispuestos a integrarse en una futura red de apoyo urbano a la guerrilla.

¹¹ Para la época de la ruptura Helman integraba el Comité Central de la FJC, antes de lo cual había sido miembro de la Comisión Nacional de Organización y secretario general de la regional de Mendoza, siempre dentro de la “Fede”. Osatinsky, quien militaba en el comunismo desde comienzos de los cincuenta, fue primero secretario general de la FJC de Tucumán y luego responsable de organización del PC en su provincia. Y, Sara Solarz, su esposa, era la responsable de OMA (Organización de Muchachas Argentinas) en la FJC de Tucumán, organismo dependiente de la UMA (Unión de Mujeres Argentinas) a nivel partidario. Por su parte Levenson, Kurlat y Carazo eran dirigentes destacados de la FJC en la Facultad de Exactas de la UBA, Gadano de la Facultad de Derecho, y Moles y Gillone de Medicina. Además, algunos de estos militantes, como Osatinsky y Moles, contaban también con bastante experiencia militar producto de sus entrenamientos en la URSS bajo directivas del propio PC. Posteriormente Alfredo Helman, Jorge Gadano, Alfredo Moles y Alicia Ghillone no ingresaron a las FAR. Sobre la gestación de este grupo puede verse González Canosa (2012).

integró en una ruptura de aquél llamada “Tercer Movimiento Histórico” que, fuertemente influenciada por el nacionalismo popular y convencida de que la revolución requeriría el respaldo de las armas, llegó a depositar expectativas en la idea de un golpe militar de base popular y estilo nasserista. Entre ellos estaban Arturo Lewinger, Jorge Omar Lewinger, Roberto Pampillo, Luis Piriz, Humberto D’Hippolito, Elida D’Hippolito y Eva Gruszka. Tras perder sus esperanzas en la existencia de sectores “nasseristas” en el Ejército con la dictadura de Onganía y ya dispuestos a conformar un “ejército popular”, decidieron viajar a Cuba para entrenarse militarmente¹². El primero que viajó a la isla fue Luis Piriz gracias a los fondos que obtuvo por el asalto a una mesa de dinero y a los contactos brindados por John William Cooke, a quien el grupo conocía desde la época de su militancia en el MIR-Praxis. Contando con ese aval, Piriz logró entrevistarse con el comandante Manuel “Barbarroja” Piñeiro (jefe de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior cubano y encargado de los vínculos con los movimientos revolucionarios del tercer mundo), consiguiendo el dinero suficiente para el traslado de otros militantes del grupo. Entre ellos viajaron en septiembre de 1967 el propio Piriz, Arturo Lewinger, su hermano Jorge Omar Lewinger, Roberto Pampillo y Humberto D’Hippolito, quienes se entrenaron primero en Pinar del Río y luego en el Escambray, permaneciendo en Cuba hasta marzo de 1968. En su caso, viajaron fuertemente influenciados por el libro de Debray, que por entonces consideraban una suerte de “Biblia”, y ya con el objetivo preciso de unirse a Guevara en Bolivia, de donde preveían bajar hacia el norte Argentino para montar allí otro foco guerrillero (entrevista de la autora a Lewinger).

Buena parte de estos grupos llegaron a cruzarse en Cuba, ya sea en los entrenamientos o en algunas reuniones que se realizaron entre los nucleamientos argentinos durante los primeros meses de 1967. En general, el elemento que los unificaba era la posibilidad de integrarse a un movimiento guerrillero liderado por el propio Guevara, a excepción de grupos peronistas como el de Rearte, que se mostraba algo más reticente señalando que su objetivo central era la lucha por el retorno de Perón (Helman, 2005: 134)¹³.

Por lo demás, las relaciones entre los grupos argentinos no estuvieron exentas de fricciones y desconfianzas mutuas, no sólo por sus diversas procedencias políticas sino también debido a las rivalidades generadas entre todos ellos por asegurarse el liderazgo, ganar el reconocimiento cubano y un lugar de privilegio en la lucha junto a Guevara (Helman, 2005: 131-136).

Pese al rol que Guevara le otorgaba a la Argentina en su proyecto (Taibo, 1996 y Garcés, 2011) y por motivos que aún no han sido suficientemente investigados por la bibliografía, ninguno de estos grupos alcanzó a sumarse al “Ejército de Liberación Nacional” que aquel

¹² Un análisis más amplio sobre la conformación de este grupo puede verse en González Canosa (2010). Todos sus militantes fueron luego dirigentes de las FAR, a excepción de Piriz que terminó incorporándose al PRT-ERP y D’Hippolito que ingresó en Descamisados.

¹³ Aún así, distintas fuentes señalan que cuando se enteraron del proyecto del Che en Bolivia, tanto Rearte como Cooke comprometieron el apoyo del “peronismo revolucionario” si la guerrilla lograba extenderse hacia la Argentina (Pérez, 2003; Baschetti, 2007).

había fundado en Bolivia¹⁴. Su muerte, en octubre de 1967, los dejó sin un proyecto político claro. Sin embargo, la participación de varios de ellos en un proyecto de inspiración guevarista, incluidos aquellos que luego fundarán las FAR, proseguirá durante un par de años más.

Las armas secretas: la sección argentina del ELN reorganizado por “Inti” Peredo (1968-1969)

“...el comandante Guevara entró a la muerte / y allá andará según se dice / pregunto yo / ¿quién habrá de aguantarle la mirada? / ¿ustedes momias del partido comunista argentino? / ustedes lo dejaron caer / ¿ustedes izquierdistas que sí que no? / ustedes lo dejaron caer / ¿ustedes sacerdotes del foquismo y más nada? / ustedes lo dejaron caer /.../ el comandante Guevara entró a la muerte por su / cuenta pero / ustedes / ¿qué habrán de hacer con esa muerte? / pequeños míos / ¿qué?”.

Juan Gelman, Pensamientos, octubre de 1967.

Uno de los capítulos más invisibilizados del itinerario político que dio lugar a las FAR fue la participación de sus grupos fundadores en el “Ejército de Liberación Nacional” reorganizado por “Inti” Peredo luego de la muerte de Guevara. Durante años, los únicos que hicieron hincapié sobre la actuación del ELN en el país y la participación en él de tales grupos, fueron sectores vinculados a las Fuerzas Armadas y de seguridad dada su predilección por los argumentos ligados a la “injerencia cubana en la subversión”. Se trata de textos que, más allá de sus perspectivas ideológicas y sus manifiestos objetivos políticos y represivos, están plagados de inexactitudes y gruesos errores¹⁵. A la breve y difusa alusión al tema realizada por las FAR en “Los de Garín” y a la escasez de fuentes hasta

¹⁴ En el diario que escribió en Bolivia, Guevara mencionó en más de una ocasión su intención de contactar a los grupos argentinos. Eduardo Jozami es mencionado en el análisis del mes de diciembre de 1966; el 1/1/67, cuando precisa el viaje de Tania a la Argentina para contactarlo, y el 21/3/67 cuando comenta los frustrados intentos de encontrarse con él y le propone a Bustos “ser una especie de coordinador, tocando por ahora sólo a los grupos de Jozami, Gelman y Stamponi y mandándome 5 hombres para que comiencen el entrenamiento” ([1967] 2005b). Como señalamos, Jozami formaba parte del grupo de Carlos Olmedo y Luis Stamponi dirigía el conformado por militantes de las FARN y el EGP. Por su parte, tanto Bustos (2007) como el propio Helman (2005), afirman que la mención a Gelman en el diario del Che no remitía a Juan “Gelman” sino a Alfredo “Helman”, integrante del grupo en que estaba Marcos Osatinsky.

¹⁵ Entre ellos figuran algunos de vieja data elaborados para contrarrestar la llamada “campana antiargentina” como Poder Ejecutivo Nacional (1979) y Asociación Patriótica Argentina (1978) y también otros posteriores como Díaz Bessone (1988) y Vergez (1995). Allí, las columnas que integraron el ELN se reducen a tres (nominadas como columna 1, 2 y 8), se confunde su composición y se incluyen además militantes que nunca las integraron. Según Vergez, la información sobre la conformación y estructura del ELN argentino fue resultado de los interrogatorios obtenidos a militantes detenidos luego de un frustrado asalto a un Banco de Quilmes en 1969 (las investigaciones de la inteligencia policial bonaerense sobre el caso pueden verse en DIPBA, Legajo n° 110). Actualmente, ese relato es profusamente reproducido en distintos sitios web ligados a las Fuerzas Armadas y en libros como el de Yofre (2008), quien cita como fuente un trabajo del Servicio de Inteligencia del Ejército también elaborado en 1969.

ahora conocidas, se suman otros elementos que contribuyeron a la invisibilización de esta experiencia tanto en el pasado y como en el presente: el hecho de que el ELN argentino no haya firmado ninguna de sus acciones y la extrema compartimentación entre las columnas que lo componían. Esto último hizo que no todos sus militantes estuvieran al tanto de que su accionar se enmarcaba en la estructura mayor del ELN (exceptuando a los principales dirigentes de cada columna, en su mayoría asesinados) y que inclusive algunos ex militantes de FAR se hayan enterado hace muy poco de ello, lo cual dificulta la reconstrucción de la experiencia por medio de entrevistas.

Lo cierto, es que el “Ejército de Liberación Nacional” fundado por Guevara fue relanzado tras su muerte bajo la jefatura de Guido Álvaro Peredo Leighe -“Inti”-, uno de sus antiguos combatientes bolivianos. En julio de 1968, Inti Peredo lanzó su manifiesto “Volveremos a las Montañas”, reafirmando que la guerrilla era el camino correcto para liberar América Latina y asegurando que el ELN creado por el “Che” seguiría en pie de lucha (Peredo, 1968). Efectivamente, el ELN fue reorganizado a mediados de 1968 previendo que su primer foco guerrillero se desarrollaría en Bolivia, país gobernado por el General René Barrientos Ortuño. Al mismo tiempo, siguió siendo pensado como una estructura continental, alcanzando a organizar esta vez sectores en otros países. Fundamentalmente en Argentina y Chile, aunque con la intención de proyectarse también hacia Perú y Uruguay. Su Estado Mayor a nivel continental lo integraban Inti Peredo, Elmo Catalán -socialista chileno, también entrenado en Cuba- y Luis Stamponi y Ricardo Rodrigo, a quienes mencionamos entre los militantes argentinos que viajaron a la isla. En Chile, país que por estar bajo un gobierno constitucional prestaría de momento sólo apoyo político y logístico, lo dirigían Elmo Catalán y Beatriz Allende, la hija de Salvador Allende¹⁶.

La sección argentina del ELN se organizó en el país coordinando a varios de los grupos que previamente se habían entrenado en Cuba buscando sumarse a la guerrilla del “Che”. Su principal responsable fue Ricardo Rodrigo, quien se encargó de convocarlos. Para ello, los cubanos le facilitaron los contactos a través del acceso a los archivos del G-2 (el aparato de inteligencia cubano), al tiempo que prometieron apoyarlos enviando armas, dinero y hombres. Actuó organizado en ocho columnas, tres de las cuales fueron integradas por los grupos que luego dieron lugar a las FAR: la columna 2, liderada por Carlos Olmedo; la 3 compuesta por el grupo en que estaba Marcos Osatinsky y la 8, por el núcleo dirigido por Arturo Lewinger¹⁷. Con respecto al resto de las columnas, la 1 reunió alrededor de cuarenta militantes provenientes del grupo EGP/FARN y del MUR de Derecho. La columna 4 la dirigió Marcelo Verd y estaba compuesta por el nucleamiento de Córdoba que se había entrenado en Cuba y por militantes de La Plata provenientes de distintas escisiones del Partido Socialista. La columna 5 la dirigió Tito Drago y la integró Baluarte, un grupo de orientación trotskista, mientras que de la columna 6 participaron militantes variados, entre ellos Rubén Cerdat y Manuel Negrín, también entrenados en Cuba. Por último, estaba

¹⁶ Sobre la guerrilla de Inti Peredo en Bolivia y su proyección continental puede verse Rodríguez Ostría (2006).

¹⁷ Caparrós, Pastoriza y Jozami, que habían participado del grupo de Olmedo, no se integraron al ELN argentino (entrevista a Jozami y Pastoriza).

previsto que la columna 7, que no llegó a participar de ninguna acción, estuviera dirigida por Joe Baxter (entrevista de la autora a “dirigente del ELN”).

En lo inmediato, las tareas que se trazó el ELN argentino fueron “contribuir al desarrollo de la guerrilla en Bolivia y crear las condiciones para la instalación de un foco guerrillero en el país”. Tales condiciones, previas a la implantación del foco, eran básicamente dos: consolidar sólidas bases de apoyo urbano en las ciudades y “permeabilizar” las zonas rurales donde, más adelante, se instalaría la guerrilla. Si bien nunca llegaron a esa etapa, las zonas elegidas fueron Tucumán, Salta y Jujuy¹⁸.

Fiel a la perspectiva guevarista, el ELN argentino sostenía que la lucha urbana debía subordinarse a la guerrilla rural, al tiempo que destacaba el tipo de rol que debía jugar para garantizar la viabilidad de aquella:

Las acciones en la ciudad, por más efectivas que sean, no brindan las perspectivas de pasar a una etapa superior de lucha, no crean las condiciones para la construcción del ejército del pueblo, no garantizan su continuidad ya que las redes urbanas se mueven en territorio enemigo con muchas dificultades para su funcionamiento. Esto no quiere decir que no se deban realizar acciones urbanas, por el contrario, el contar con redes urbanas es una necesidad para el éxito de la lucha guerrillera. Las tareas que debe encarar la red urbana son decisivas para la instalación y el desarrollo de la guerrilla y son fundamentalmente: servir de red logística a la guerrilla, trasladar la violencia a las ciudades, romper el cerco político que el enemigo pone a la guerrilla, tratando de aislarla de las masas”. (ELN argentino, 1969: 3-4).

Efectivamente, el sector argentino del ELN dedicó buena parte de sus esfuerzos a operar en la ciudad. Allí se propuso realizar tanto acciones de “propaganda armada” como “expropiaciones” para consolidar la infraestructura de la organización consiguiendo armas y dinero. Según lo había convenido, ninguna de ellas sería firmada hasta que la guerrilla de Inti Peredo lograra asentarse en Bolivia.

En su visión, la “propaganda armada” -inspirada en la política inicial de Tupamaros- implicaba el desarrollo de acciones político-militares que, en virtud de la ausencia de víctimas y la elección precisa de su objetivo político, fueran capaces de generar consenso entre la población evidenciando al mismo tiempo la viabilidad de la lucha armada y la vulnerabilidad del enemigo. La acción más importante que realizaron en este sentido fue el incendio simultáneo de trece supermercados Minimax, que lograron llevar a cabo sin causar

¹⁸ Para el proyecto del ELN argentino nos basamos en su documento “Tareas para la implementación de un frente guerrillero en la Argentina” (ELN argentino, 1969). Su primer parte está inspirada en “Instrucciones para los cuadros destinados al trabajo urbano”, un escrito redactado en Bolivia donde Guevara detalla las actividades de la lucha en las ciudades y destaca su valor, aunque siempre considerándola como apoyo de la guerrilla rural (Guevara [1967] 2005a).

víctimas. La fecha elegida fue el 26 de junio de 1969, ocasión de la visita al país de Nelson Rockefeller, propietario de la cadena. Su gira por Latinoamérica, encomendada por el presidente Richard Nixon, ya había suscitado numerosas protestas a lo largo del continente. A su vez, por esos días el clima de tensión social en el país suscitado por el Cordobazo - ocurrido el mes anterior-, se mezclaba tanto con las movilizaciones estudiantiles y atentados de todo tipo producidos por la llegada de Rockefeller, como con las protestas que tuvieron lugar por las vísperas del primer aniversario de la “Revolución Argentina”. De esta acción participaron *todas* las columnas del ELN argentino. De hecho, cuando en 1971 las FAR asumieron públicamente la participación de sus grupos fundadores en el “operativo Minimax”, señalaron al pasar que lo hicieron como parte de “un conjunto de grupos coordinados” con el objetivo de apoyar la guerrilla de Inti Peredo en Bolivia (FAR, 1971b: 58). Se trató de la única alusión realizada por la organización sobre su apoyo a la guerrilla que continuó en Bolivia luego de la muerte del “Che”¹⁹.

La otra acción de este tipo que realizó el ELN argentino, finalmente fallida, fue el intento de volar los carros de asalto de la Agrupación policial Güemes en junio del mismo año, cuyos efectivos habían participado en la represión del Cordobazo. Por lo demás, realizaron numerosas operaciones de “expropiación”. Algunas para conseguir dinero, entre las que se cuenta el asalto a un Banco en Quilmes en agosto de 1969 donde resultó detenido uno de sus militantes y fue herido Alberto Camps, integrante de la columna 2 y futuro dirigente de las FAR. Y otras para obtener armas, en este caso mediante el desarme de policías y el robo de armerías²⁰.

Respecto de las zonas donde se montaría el foco guerrillero, se proponían “permeabilizarlas” mediante la creación de redes políticas y contactos con gente del lugar, el asentamiento de militantes con “buena cubierta” y la instalación de depósitos con equipos y provisiones necesarias ante un eventual cerco de la guerrilla (ELN argentino, 1969). De esas tareas, que alcanzaron a realizar sobre todo en Tucumán, participaron varios militantes que luego fundaron las FAR. De hecho, el principal grupo contactado allí por Olmedo y Quieto hacia 1969, que había iniciado su militancia en la democracia cristiana y para entonces ya se había identificado con el peronismo, fundaría poco después la regional

¹⁹ Testimonios de militantes que luego no ingresaron en FAR también evidencian la participación del resto de las columnas del ELN en esta acción. Véase el relato de algunos de ellos en *Liberación* (S/d. autor, 1974); la entrevista a Ángel Abus (2008, AOMA) y el testimonio de Drago (2007) -dirigente de la columna 5 del ELN-, además de la entrevista de la autora a Rodrigo. Sobre la quema de los supermercados Minimax puede verse *La Nación*, 27/6/69, p.1, 14 y 20 y 28/6/69, p.12.

²⁰ Sobre la acción fallida en la Agrupación Güemes ver *La Nación*, 19/6/69, p.16 y Drago, 2007. Sobre el asalto al Banco de Quilmes *La Nación*, 11/8/69, p.10; 12/8/69, p.14; 13/8/69, p.12 y Legajo N° 110 “Día 11/8 asaltar la sucursal del Banco Provincial de Quilmes. Detenido xxx y otros”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA. Según el testimonio de Abus (2008, AOMA), el objetivo de la última acción era obtener fondos para asaltar posteriormente el Banco Nacional de Desarrollo donde él trabajaba, operación que terminó realizando junto a otros militantes ya dentro del PRT, al que se sumó tras la disolución del ELN argentino. En el Legajo citado de la DIPBA se enumeran además una serie de asaltos realizados por el ELN argentino a distintas cooperativas, empresas y negocios del Gran Buenos Aires durante el año 1969 que fueron confirmadas a la autora en entrevistas con sus militantes.

Tucumán de las FAR²¹. Los contactos con la militancia tucumana los consiguieron a través de las FAP, organización que en agosto de 1968 también había intentado montar un foco guerrillero en la provincia, siendo detenidos sus militantes en Taco Ralo tan sólo un mes después²². Con el aval de las FAP, que les facilitó el acceso a militantes del peronismo local, se generó en la zona un grupo de apoyo al ELN en que coordinaron sus actividades militantes de las propias FAP, algunos dirigentes de los viejos Uturuncos y el grupo que había iniciado su militancia en la democracia cristiana y luego se sumaría a las FAR. Su principal responsable y enlace con Buenos Aires era Alejo Levenson (integrante de la columna 3 junto a Marcos Osatinsky y luego militante de FAR), quien terminó instalándose en Tucumán al igual que María Antonia Berger (integrante de la columna 2 dirigida por Carlos Olmedo)²³. El objetivo del grupo de apoyo tucumano era contribuir a generar “un desarrollo político en la zona que constituyera las bases campesinas de la columna, armar un aparato urbano en la Capital y garantizar un contacto con la frontera boliviana”. En esa línea, y en consonancia con el resto de las tareas que el ELN se había trazado para las futuras zonas guerrilleras, realizaron distintas actividades. Entre ellas, la instalación de un criadero de conejos, el aprovisionamiento de legumbres que escondían en bolsas de plástico bajo tierra y el montaje de una empresa cuyo supuesto objetivo legal era la venta de chacinados en Tartagal y Orán, al norte de Salta y cerca de la frontera con Bolivia, lo que les permitía establecer una línea de contacto con el país vecino (entrevista de la autora a “Militante de FAR 1”, 2012, del grupo tucumano). Por su parte, Carlos Olmedo, además de encargarse junto a otros militantes del transporte de chacinados hacia la frontera boliviana, llegó a hacer un relevamiento de la zona de Tucumán y Salta mediante la toma de fotografías aéreas, observando qué áreas del lugar eran lo suficientemente tupidas como para favorecer la instalación de un núcleo guerrillero. Al mismo tiempo, al igual que Levenson y Berger, uno de los primos de Olmedo llegó a instalarse en Tucumán con la idea de generar contactos para comenzar a gestar una futura red urbana en la zona (entrevista de la autora a “Militante de FAR 2”, 2012, del grupo de Olmedo). Por lo demás, durante este período los miembros del ELN argentino se entrenaron en distintas zonas del país, sobre todo en el Tigre, Córdoba, Tucumán y Salta, aprovechando las salidas de instrucción en las dos últimas provincias para explorar las futuras zonas guerrilleras y establecer contactos con militantes del lugar (entrevistas a “Militante de FAR 1”, a Ricardo Rodrigo y testimonio de Ángel Abus, 2008, AOMA).

²¹ Entre los primeros militantes de dicha regional estaban Luis Fernando Martínez Novillo, Martín Gras, José Carlos Coronel, Miguel Ángel Castillo, Nélica “Chona” Villagra y su hermano Agustín Villagra, este último muy amigo del matrimonio Osatinsky, que para comienzos de 1969 ya se había instalado en Buenos Aires por cuestiones de seguridad.

²² En parte por influencia de miembros de las FAP que habían participado de la experiencia urbana de los Tupamaros, dicho foco rural se enmarcaba en lo que llamaron la “teoría de las dos patas”, según la cual era necesario desarrollar ambos frentes de lucha. En base a ello la organización decidió armar dos estructuras simultáneas bajo una dirección única: una urbana -que en realidad ya estaba funcionando- y otra rural. En Taco Ralo, donde habían comenzado los entrenamientos pensando trasladarse luego a una zona más propicia para montar la guerrilla, fueron detenidos 15 militantes, entre ellos Envar El Kadri, Amanda Peralta, Néstor Verdínelli y Samuel Slutzky (Pérez, 2003).

²³ Las relaciones entre el grupo tucumano y los militantes de las columnas del ELN argentino que luego fundaron las FAR se fueron estrechando tanto por motivos políticos como por lazos de tipo afectivo, ya que por entonces Alejo Levenson formó pareja con Nélica Villagra, y María Antonia Berger con Agustín Villagra.

El sector argentino del ELN se disolvió a principios de 1970 por diversos motivos, aunque el detonante central fue el golpe represivo recibido por la guerrilla boliviana -todavía en plena fase de preparación- y el asesinato de Inti Peredo en septiembre de 1969, quien había sido su líder indiscutido en virtud de su prestigio como antiguo combatiente de Guevara²⁴. En diciembre de ese año, Osvaldo “Chato” Peredo, su hermano menor, fue designado como nuevo jefe de la organización. Fue entonces cuando el ELN argentino decidió romper con Bolivia, considerando que la concepción político-militar del “Chato” Peredo no coincidía con la que habían sostenido hasta el momento. Básicamente, le objetaban su predisposición a “subir al monte de inmediato” sin contar con suficiente apoyo en las ciudades y en las zonas rurales donde preveía montar el foco guerrillero, tareas que habían constituido el eje de sus actividades en Argentina (entrevista a Rodrigo)²⁵. Según Rodríguez Ostría (2006) y algunos de los testimonios citados, para entonces, y ya desde antes de la muerte de Inti Peredo, Cuba había retirado su apoyo a la guerrilla boliviana. Ello se habría evidenciado no sólo en el hecho de que no llegaron los hombres, las armas y el dinero prometidos, sino en que varios militantes del propio ELN, que habían finalizado su entrenamiento en la isla y debían retornar a Bolivia, fueron “retenidos” allí sin motivos hasta fines de 1969. Nuevamente, los motivos de este cambio en la política cubana no están claros. Entre sus hipótesis, Rodríguez Ostría considera tanto presiones soviéticas -en un año en que la dependencia cubana respecto de la URSS se acrecentó debido a sus dificultades con la zafra azucarera-, como los cambios en la coyuntura política boliviana. En este sentido sugiere que el gobierno cubano podría haber estado al tanto y tener expectativas respecto del golpe de estado impulsado por el General Alfredo Ovando Candia en septiembre de 1969, quien impulsó una política de corte nacionalista y entre otras medidas expropió la Guf Oil Company, una petrolera norteamericana²⁶.

La ruptura con Bolivia, las perspectivas de un pronto triunfo de Allende en Chile²⁷ y los escasos avances logrados en Perú y Uruguay, sumieron al ELN argentino en una profunda crisis interna. A los ojos del grupo, el panorama planteado ponía en cuestión las posibilidades de desarrollar un proyecto de orden continental, del cual, siguiendo las premisas guevaristas, siempre se habían considerado un eslabón más. Las opciones que discutieron entonces fueron detener sus actividades a la espera de un cambio de panorama que les permitiera restablecer los contactos a nivel continental, o continuar con la lucha

²⁴ Justo antes de la muerte de “Inti” Peredo, Osvaldo Olmedo, integrante de la columna 2 del ELN argentino y futuro militante de las FAR, estaba a punto de viajar a Bolivia para establecer contacto con él (entrevista a “Militante de FAR 1”).

²⁵ Sólo dos militantes del ELN argentino aceptaron sumarse a la guerrilla dirigida por Osvaldo Peredo, Rubén Cerdat y Ricardo Puente, donde ambos murieron. La guerrilla liderada por el “Chato” Peredo se desarrolló en Teoponte entre el 19 de julio y el 2 de noviembre de 1970. Contaba con un total de 67 hombres, de los cuales murieron 58.

²⁶ Por otro lado, el propio documento del ELN argentino (escrito a principios de 1969), ya dejaba entrever ciertas suspicacias sobre los motivos por los cuales los contingentes sudamericanos entrenados en Cuba (entre los que se contaban los propios autores) no habían alcanzado a sumarse a la guerrilla del “Che”.

²⁷ Cabe recordar que la propia Beatriz Allende era una de las responsables de la sección chilena del ELN. Además, luego del 4 de septiembre, algunos de los miembros del ELN integraron la custodia personal del presidente recientemente electo.

iniciada en el país. Al calor de esos debates, tres de las ocho columnas del ya disuelto ELN argentino decidieron poner en marcha la segunda alternativa, ahora bajo el liderazgo de Carlos Olmedo. Esta nueva organización, en la que se fusionaron las columnas 2, 3 y 8 y a la que pronto se sumarían otros nucleamientos militantes, permaneció innominada hasta el 30 de julio de 1970 cuando, ya como “Fuerzas Armadas Revolucionarias”, se presentó públicamente en Garín²⁸.

En base a lo expuesto, puede afirmarse que sólo en este breve período del primer semestre de 1970, en que ya se ha disuelto el ELN y se han fusionado sus columnas 2, 3 y 8, podría hablarse de algo así como “proto-FAR”, una denominación usual en la bibliografía testimonial que suele remontarla mucho más atrás en el tiempo. Y ello porque, como vimos, previamente tales grupos formaban parte en realidad de otra organización.

Pervivencias y torsiones: hacia la formación de las FAR

Tanto en los primeros documentos públicos de las FAR (1971a y b) como en las entrevistas a ex militantes, se reiteran varios elementos que explicarían el pasaje de sus grupos fundadores desde una estrategia guevarista, de carácter continental y fuerte énfasis en la guerrilla rural, hacia otra de orden nacional basada en la lucha urbana. Básicamente, se destaca la renovada importancia otorgada a la clase obrera en Argentina, cuya combatividad, luego de un período de reflujo, volvió a evidenciarse durante el Cordobazo y los levantamientos populares que culminaron con el Rosariazo de septiembre de 1969. Ello habría producido una suerte de efecto “nacionalizador” sobre la estrategia anterior y los habría llevado a privilegiar la lucha en las ciudades, junto con la creciente influencia que ejercía sobre la naciente organización la guerrilla urbana de los Tupamaros uruguayos. Similar efecto “nacionalizador” habría conllevado la progresiva revalorización de la experiencia peronista, acicateada en este caso por las discusiones que sus grupos fundadores mantenían con las FAP desde mediados de 1969.

Como veremos, tales concepciones comenzaron a perfilarse en esta etapa, aunque en buena medida terminaron por delinearse posteriormente. De hecho, lo que hemos querido subrayar en este artículo es que dichas definiciones llevaron un proceso de discusión algo más extenso y menos lineal del que generalmente se menciona en las visiones retrospectivas. En ese sentido, a contramano de lo que suele señalarse, hemos mostrado que la participación de los grupos que fundaron las FAR en una estrategia claramente guevarista no concluyó con la muerte del “Che” sino que continuó, al menos, hasta fines de 1969. Experiencia que, al no condecir con la estrategia que la organización se había trazado cuando narró sus orígenes, fue prácticamente soslayada.

²⁸ Respecto a los militantes del ELN argentino que no se incorporaron a las FAR, algunos dejaron de militar y otros se integraron con el tiempo al PRT-ERP (entre ellos Eduardo Streger, Floreal Canalis y Alberto Julián Piera de la columna 1, Ángel Abus y Oscar Serrano de la columna 5 y Manuel Negrín de la columna 6).

Por ello, para finalizar este artículo, más que a las conclusiones que luego extrajeron las FAR sobre su historia guevarista, preferimos ceñirnos a las discusiones que efectivamente atravesaban a principios de 1970, cuando todavía no tenían nombre ni se habían presentado públicamente en Garín. Para ello nos basaremos en un documento de circulación interna nunca publicado. El trabajo, titulado “Informe de la Reunión Nacional de Mandos”, fue redactado por Carlos Olmedo reflejando los debates acaecidos en una reunión donde la naciente organización esbozó su estrategia política futura (Olmedo, 1970)²⁹. Se trata de una suerte de escrito transicional -y probablemente también transaccional- donde pueden verse tanto la pervivencia de algunas premisas de la estrategia previa, como ciertas torsiones que posibilitarán tránsitos posteriores.

En principio, caracterizaron el momento por el que atravesaba la Argentina como “etapa de guerra en sí”, es decir, como el comienzo efectivo de la “guerra de liberación”. Y ello, a diferencia de otra postura también planteada en la reunión -probablemente la que estos mismos grupos habían sostenido previamente-, que la concebía sólo como la “fase de preparación de la guerrilla”. A partir de dicha caracterización de la etapa, se trazaron tres objetivos centrales:

- a) Consolidar una organización clandestina de accionar político-militar en las ciudades que, “alcanzando un clara identidad política, eche las bases para una sólida identificación recíproca entre la vanguardia y los sectores más avanzados de la clase obrera y el pueblo”.
- b) Seleccionar la zona más apta para montar una guerrilla rural y resolver todos los problemas técnicos y políticos necesarios para poder iniciar, más adelante, ese tipo de operaciones.
- c) Comenzar a buscar respuestas políticas y organizativas para el reclamo que -según estimaban- comenzaría a surgir por parte de los sectores más combativos de la clase obrera y el pueblo, una vez cumplidas las metas anteriores.

Lo primero que se constata es que, por entonces, seguían considerando la guerrilla rural como un objetivo de orden estratégico. Explicaban el fundamento de esa opción por la imposibilidad de lograr una “captura insurreccional” del poder al estilo soviético sin haber desgastado primero a las fuerzas represivas. Tarea que, según advertían, en esta coyuntura mundial ya no podría descansar en el accionar de otro ejército burgués (como habría sucedido en el caso soviético con la destrucción del ejército zarista por parte del ejército germano). Por eso, juzgaban indispensable oponer al Ejército regular un “Ejército del Pueblo” que fuera capaz “de obtener victorias que no valgan sólo por su significación política sino, también, por sus implicancias estrictamente militares”. Siguiendo las premisas guevaristas, sostenían que la guerrilla rural era la condición de posibilidad para la construcción de tal Ejército.

²⁹ Si bien el documento no está firmado, pudimos comprobar fehacientemente su autoría mediante el intercambio con ex militantes tanto de las FAR como del ELN argentino. Excepto que se indique otra fuente, todas las frases entrecomilladas que siguen corresponden a este documento, cuyas páginas no están numeradas.

Ahora bien, estas consideraciones no eran ajenas a cierto balance sobre el fracaso de distintos movimientos latinoamericanos que desde la Revolución Cubana habían impulsado la guerrilla rural como forma dominante o exclusiva de lucha. Se trataba de fracasos que, según señalaban, se habían basado en lecturas “sobresimplificadas” de la Revolución Cubana, afirmación que conllevaba una impugnación apenas velada al libro de Debray que se volverá explícita en “Los de Garín”. Las conclusiones del balance conducían en dos direcciones:

- 1) la importancia de gestar paralelamente sólidas organizaciones urbanas, y
- 2) la necesidad de un conocimiento más profundo sobre las especificidades de la realidad nacional donde actuaban las guerrillas.

Ambas direcciones permiten entrever, por ahora tensamente, los carriles por los cuales terminarán de perfilarse las definiciones que sostendrán la estrategia de las FAR.

Respecto del primer punto, el objetivo de montar una guerrilla rural implicaba un largo período de preparación que incluía tanto el trabajo político y la incorporación de militantes en las zonas rurales donde más adelante se instalaría la guerrilla, como, también, la consolidación de organizaciones clandestinas urbanas que realizaran acciones armadas “de carácter político”. Como mencionamos al inicio del artículo, existen diferencias entre el libro de Debray y los escritos de Guevara respecto de ambas cuestiones (incluso las hay entre *Revolución en la Revolución* y trabajos previos del propio autor -todos escritos bajo el influjo de la “vía” cubana-)³⁰. Sobre esos márgenes se había movido ya el proyecto del ELN argentino que, como vimos, también preveía dedicar un largo período a preparar las condiciones necesarias para el inicio de las operaciones rurales. Márgenes que también permiten comprender que durante su existencia haya dedicado buena parte de sus esfuerzos a realizar acciones armadas en las ciudades. Por tanto, la idea de que la acción urbana era indispensable para hacer viable la guerrilla rural no presentaba, en principio, contradicciones con el proyecto del que habían participado anteriormente.

Ahora bien, torsionando postulados previos, la consolidación de la organización urbana señalada en el escrito aparece como un objetivo de orden también estratégico que comienza a adquirir cierta autonomía, en la medida en que se le atribuyen potencialidades que cobran un papel cada vez más importante. Se trata de metas cuyo valor -advertían- no podía medirse sólo por su relación directa con la guerrilla rural: la posibilidad de ganar la adhesión de los sectores más combativos de la clase obrera y comenzar a generar vinculaciones orgánicas con las organizaciones legales y semilegales del movimiento popular.

Dentro de esa argumentación, entonces, la consolidación de una organización urbana tenía objetivos propios -ganar la adhesión y generar vinculaciones orgánicas con las masas, especialmente con la clase obrera-, aunque esas tareas por el momento seguían

³⁰ Nos referimos a Debray (1965 y 1966), publicados en *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*. No por casualidad, eran estos artículos y no el libro de Debray los que el grupo valoraba en su escrito.

considerándose simultáneas a la preparación de la guerrilla rural y, ambas, indispensables para poder consolidar, más adelante, un foco guerrillero en el campo.

A su vez, y afirmando aún el carácter imprescindible de la guerrilla rural, la argumentación daba un paso más, adelantando algunos argumentos que luego aparecerán en “Los de Garín” sobre la concepción guevarista del “foco insurreccional”. Para el grupo, aquella no debía identificarse con ningún instrumento combativo determinable de antemano (sea la guerrilla rural o la urbana) sino que remitía a la construcción de una “vanguardia irradiando conciencia” a través de su producción político-militar. Desde tal perspectiva, señalaban que para que ese foco pudiera actuar como la chispa que enciende la pradera era necesario “tener claro el explosivo a detonar”. Por esa vía, la argumentación se desplazaba hacia el segundo punto del balance que mencionamos, la ausencia de un conocimiento profundo sobre la realidad nacional que habría signado el fracaso de diversos intentos guerrilleros.

Respecto de este segundo punto, lo primero que debe destacarse es que también subsiste cierta tensión, en este caso sobre el carácter continental o nacional de la lucha que debía librarse. Por un lado, al igual que Guevara y el ELN dirigido por Inti Peredo, sostenían la imposibilidad de alcanzar el poder en un solo país puesto que llegado el momento las fuerzas represivas a enfrentar no serían sólo locales sino también las del imperialismo norteamericano. Aún así, esa perspectiva trasnacional no se reflejaba en ninguna de las tareas que la organización se trazó para esta etapa. Teniendo en cuenta su trayectoria anterior resulta claro que, al menos, ya no creían que tal coordinación continental fuera una condición para la lucha en Argentina. Tiempo después, las FAR aclararán en su primer documento público que no dudaban de la necesidad de continentalizar la lucha, pero que ese proceso sólo podía darse a posteriori, es decir, a partir de la coordinación de movimientos nacionales iniciados de modo independiente y en sintonía con las particularidades propias de cada país. Similar visión sostenían por entonces otros grupos armados peronistas como FAP y Montoneros (FAR, 1971a; FAP, 1971; Montoneros, 1971).

Lo cierto es que, ya en el escrito que estamos considerando, el énfasis de la organización estaba puesto en señalar que hasta el momento se había carecido de una teoría de la guerra revolucionaria que supiera captar no sólo sus características universales sino también los rasgos originales de su desarrollo en Argentina. Se trataba de centrar el análisis en el grado de desarrollo relativo de sus fuerzas productivas, la estructura de clases vinculadas a ese desarrollo, el modo de distribución de su población y la experiencia política de sus diversos sectores. Todo ello resultaba indispensable para determinar “el explosivo a detonar” por el foco insurreccional que se proponían gestar. Dada la estructura productiva argentina, para el grupo ese explosivo remitía directamente a la clase obrera, de la cual reseñaba su historial combativo. Por esa vía, realizaba una valoración de la experiencia peronista, remitiendo para ello a un documento escrito por Olmedo en 1968, titulado “Notas para una valoración de la situación nacional”³¹.

³¹ El procedimiento para identificar la autoría de este documento, citado como propio en el escrito de 1970, fue similar al realizado con este último.

Allí, luego de criticar duramente la participación del PC y el PS en la “Unión Democrática” y de refutar su asimilación con el fascismo, se realizaba un breve balance del gobierno peronista. Se trataba de un balance que aún resultando mayormente positivo, reclamaba la necesidad de no renunciar por ello a un análisis crítico. Desde esa perspectiva, se enfatizaban las “mejoras sustanciales” concedidas a la clase obrera en términos económicos y sociales, aunque no dejaba de subrayarse que tales logros no habían transformado la estructura tradicional del país; ni sus relaciones de producción, ni la distribución del poder preexistente. Por ello se destacaba que, gracias a la extraordinaria coyuntura económica de su gobierno, el peronismo había podido impulsar una política de fuerte signo popular sin necesidad de ser antiburguesa. Tal coyuntura es la que le habría permitido a Perón ser tanto el líder de los trabajadores como el político más lúcido de la burguesía (Olmedo, 1968).

Pero más allá del balance, lo que el análisis buscaba destacar era la “experiencia vivida” por la clase obrera durante el peronismo. Según el escrito, Perón había sabido interpretar las necesidades y sentimientos de las masas trabajadoras, dándoles respuestas -reales o demagógicas, se añadía al pasar- pero movilizándola siempre, intensificando la conciencia de sus intereses históricos y de su peso en la vida política nacional. Incompleta, ilusoria quizás -se volvía a acotar-, la participación en el poder había sido vivida como una realidad por las masas argentinas (Olmedo, 1968).

Retomando esa perspectiva, en 1970 la organización afirmaba que mediante su persistente identificación con el peronismo, un movimiento que a nivel ideológico había pregonado la conciliación de clases, los trabajadores no habían hecho más que diferenciarse de quienes habían derrocado al gobierno de mayor respaldo popular en la Argentina, desnudando objetivamente la imposibilidad de tal armonización a largo plazo. Por ello sostenían que desde 1955 la experiencia peronista había jugado “el papel de un indicador de clase”, aquello que le había permitido al proletariado diferenciarse de la burguesía. En ese sentido, lo que distinguían -al tiempo que construían- dentro del movimiento era un “peronismo proletario”, es decir, un peronismo que en manos de la clase obrera se habría ido “despojando de las ambigüedades con que las raíces ideológicas de su pasado policlasista lo lastraban”. Con la mirada puesta en las distintas vertientes de la llamada izquierda peronista y en la escisión de la CGT de los Argentinos producida en 1968, confiaban en que a través de este peronismo proletario, los trabajadores se iban diferenciando también de todos los “burócratas” que, proclamándose parte del movimiento, sólo buscaban integrarse al “sistema”.

A su vez, la organización afirmaba que a partir de 1955, y sobre todo luego del 18 de marzo de 1962, “ya no quedaban salidas burguesas” para el país, que atravesaba desde entonces una “situación revolucionaria”. Definida en términos leninistas, tal situación significaba que estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución, que la lucha contra el poder burgués tenía perspectivas de éxito, aunque no implicaba que estuvieran dadas las condiciones subjetivas necesarias para ello. Según el grupo, luego de 1955 el proletariado había agotado todas las formas de resistencia y lucha que le brindaba el sistema, llegando a traspasar los límites de su legalidad como había sucedido en Córdoba y Rosario durante

1969. Desde su visión, el problema era que tras la caída de Perón sólo había contado con el aparato sindical como forma de expresión política e instrumento de lucha. Y que ese aparato, por su propia naturaleza reivindicativa, había determinado que el proletariado no pudiera ir más allá de la acción defensiva ni pasar del cuestionamiento de determinado elenco gobernante al del sistema todo. De allí la organización concluía que la consolidación de las mencionadas condiciones subjetivas para la revolución en la Argentina requería de la gestación de una nueva vanguardia reconocida como tal por las masas.

Tanto en el escrito de 1968 como en el de 1970 estaba claro que se trataría de una vanguardia cuyo método principal de acción sería la lucha armada, aunando en la misma estructura la dirección política y militar del proceso revolucionario. Pero existen diferencias perceptibles entre ambos respecto de la posición de dicha “vanguardia político-militar” frente al peronismo. En el escrito de 1968, más allá de la valoración positiva que hemos destacado, se sostenía que la función de tal vanguardia era que los trabajadores pasaran de “reconocerse tozudamente en el peronismo” a la “plena independencia orgánica de clase” (Olmedo, 1968), evidenciado así su posición de exterioridad frente al movimiento. Mientras tanto, en 1970 dicha exterioridad aparecía en la forma de un interrogante que se tornaba clave ante la inminente aparición pública de la organización. Para el grupo, lo que estaba en juego era la configuración de la identidad política con la que se presentaría ante las masas con la aspiración de gestar, junto al resto de las organizaciones armadas, su vanguardia. Según sus palabras:

Nuestra sigla, nuestras proclamas, deberán ir al encuentro fraternal de las de nuestros compañeros de otras organizaciones revolucionarias. Armonizándose con ellas a los ojos de las masas, estarán contribuyendo a configurar la identidad política de la vanguardia aguerrida y poderosa que surgirá de este proceso.

Para nosotros, para esa vanguardia, el camino de la identidad no es sino el de una doble identificación: la nuestra en los intereses históricos de la clase obrera y el pueblo y la del pueblo en las perspectivas de nuestra lucha, que es su lucha. Por eso nos teme el enemigo: somos pocos, pero late en nosotros la fuerza de los más. Y con los más daremos y ganaremos esta guerra. (Olmedo, 1970).

Desde esa perspectiva, la organización afirmaba que su aspiración de formar parte de la vanguardia de la clase obrera y el pueblo no podía partir más que de “la propia experiencia de las masas, de su propio nivel de conciencia y expectativa”. De aquel universo político en que las “masas interpretan su explotación, sus derechos y su destino”. Por esa vía, y siguiendo el principio maoísta sintetizado en la consigna “de las masas a las masas”, la organización comenzó a plantearse algunos interrogantes que, más allá de la cuestión armada y de las distintas respuestas elaboradas, atravesaron también a buena parte de la izquierda argentina en aquellos años:

¿Aplicar en Argentina el principio ‘de las masas a las masas’ implica sólo tomar las ideas más radicales y clasistas de las masas, hacerlas nuestras, convertirlas en el sentido de nuestra lucha, volver con ellas desarrolladas a las masas y recoger una y otra vez el saldo positivo que vaya dejando su experiencia enriquecida por los combates y todo el accionar de la vanguardia?, ¿O todo esto sólo se puede lograr presentándonos como peronistas (en el sentido en que la clase es peronista) y profundizando sin límites ese componente definitorio de la ideología de la clase? Discusión abierta y decisiva que arrojará sin dudas buenas guías para la acción eficaz a corto y largo plazo (Olmedo, 1970).

Efectivamente, la “opción por el peronismo” -como luego la denominará el grupo-, ya insinuada en este escrito, quedó abierta en las FAR durante un año más. Lo cual, tal como ocurrió con la definición de su estrategia político-militar, no sucedería sin que la organización transitara por arduos debates internos.

A partir de un balance sobre el fracaso de intentos guerrilleros anteriores y de los derroteros de la clase obrera en la Argentina, quedaba perfilada de este modo la génesis de algunas de las definiciones centrales del proyecto de las FAR: la importancia de la cuestión nacional, el privilegio de la lucha urbana y una creciente revaloración de la experiencia peronista de los trabajadores. En los dos primeros casos, conviviendo todavía con premisas de la estrategia previa, y, en el tercero, asumiendo la forma de un interrogante que interpelaba la identidad política de la nascente organización.

En este orden de cuestiones que prefiguran futuras definiciones de las FAR, el último elemento que quisiéramos agregar tiene que ver con el modo en que comenzaron a pensar sus relaciones con sectores sociales más amplios. Mencionamos que, por las características de la Argentina, ligaron la lucha armada en las ciudades con la posibilidad de identificarse como fuerza política, conquistar adhesiones y empezar a generar vinculaciones orgánicas con el movimiento popular. Las potencialidades que le atribuyeron a la lucha urbana motivaron, de hecho, su progresiva autonomización respecto de la guerrilla rural, y la necesidad de pensar respuestas políticas y organizativas para el reclamo que -según estimaban- surgiría por parte de la clase obrera y el pueblo, estuvo contemplada entre los objetivos que se plantearon para esta etapa. Lo cierto es que, para principios de 1970, en parte por una evaluación de sus propias fuerzas y la necesidad de consolidarse primero internamente, pero sobre todo por la concepción político-militar que la guiaba, la organización nació privilegiando la acción armada como método prácticamente exclusivo de generar conciencia política entre las masas y de vincularse con ellas. En ese sentido, no sólo aclaraba que estaba fuera de su alcance estar presente y aspirar a fijar la línea de cuanta movilización popular se diera en el panorama nacional. Fiel en este caso al espíritu guevarista, acotaba que, en realidad, ese era el mejor modo de defraudar a las masas puesto que “su gran motor” requería del “pequeño motor” de las organizaciones político-militares para ponerse en marcha. De ese modo, y aclarando dónde concentraría sus esfuerzos en el futuro inmediato, advertía que el único modo de atender con eficacia perdurable su relación con el movimiento popular era “perfeccionar, desarrollar y dotar cada vez de mayor poder

combativo a nuestro aparato político-militar clandestino” que, según su visión, estaba haciendo “desde sus primeros pasos una política de masas”.

Recibido: 4 agosto 2012

Aceptado: 21 diciembre 2012

Bibliografía y fuentes citadas

- Alcoba, Laura. *Los pasajeros del Anna C.* Barcelona: Edhasa, 2012.
- Anzorena, Oscar. *JP. Historia de la Juventud Peronista (1955/1988)*. Buenos Aires: Eds. del Cordón, 1989.
- Asociación Patriótica Argentina. *La Argentina y sus derechos humanos*. Buenos Aires: APA, 1978.
- Baschetti, Roberto. *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*. Buenos Aires: Punto Sur, 1988.
- _____. *La memoria de los de abajo*, De la Campana, Buenos Aires, 2007.
- Bustos, Ciro. *El Che quiere verte*. Buenos Aires: Vergara 2007.
- Campos y Rot. *La Guerrilla del Ejército del Libertador. Vicisitudes políticas de una guerrilla urbana*. Buenos Aires: El Topo Blindado, 2010.
- Cano, Diego. “¿Estrategia foquista? La estructura política argentina en la estrategia de revolución de Ernesto Guevara. Notas preliminares”. *Izquierdas* 11 (2011): 70-87.
- Debray, Régis. “El castrismo: la Gran Marcha de América Latina”. *Pasado y Presente* 7-8 (1965): 122-158.
- _____. “América Latina: problemas de estrategia revolucionaria”. *La Rosa Blindada* 8 (1966): 3-22
- _____. *Revolución en la Revolución*. La Habana: Casa de las Américas, 1967.
- Díaz Bessone, Ramón. *Guerra Revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Círculo Militar, 1988.
- Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA). Legajo n° 110 “Día 11/8 asaltaron la sucursal del Banco Provincial de Quilmes. Detenido xxx y otros”, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria.
- Drago, Tito. *Cara y Cruz. El Che y Fidel*. Málaga: Sepha, 2007.
- ELN argentino. “Tareas para la implementación de un frente guerrillero en la Argentina”, 1969. Legajo n° 110, Carpeta Varios, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria.
- Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). “Con las armas en la mano”. *Cristianismo y Revolución* 28 (1971): 77-80.
- Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). “Con el fusil del Che”. *América Latina en Armas*. Eds. s/d. Buenos Aires: M.A., 1971a. 107-114.
- _____. “Los de Garín”. *Cristianismo y Revolución* 28 (1971b): 57-70.

- Garcés, María del Carmen. *Conversaciones con Pombo. Combatiente de la guerrilla del Che en Bolivia*. Buenos Aires: Colihue, 2011.
- González Canosa, Mora. “Los pasos perdidos. Acerca del itinerario político-ideológico de uno de los grupos fundadores de las ‘Fuerzas Armadas Revolucionarias’ (1960-1966)”. *Cuestiones de Sociología* 7/8 (2010). En prensa.
- _____. “Modelo para armar. Itinerarios y ámbitos disidentes del Partido Comunista en la formación de uno de los grupos fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1960-1967)”. *Izquierdas* 12 (2012): 111-142.
- Guevara, Ernesto. “La guerra de guerrillas”. 1960. *Obra revolucionaria*. Comp. Roberto Fernández Retamar. México: Era, 1967a. 23-109.
- _____. “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?”. 1961. *Obra revolucionaria*. Comp. Roberto Fernández Retamar. México: Era, 1967b. 515-526.
- _____. “Guerra de guerrillas: un método”. 1963. *Obra revolucionaria*. Comp. Roberto Fernández Retamar. México: Era, 1967c. 551-563.
- _____. “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”. *Obra revolucionaria*. Ed. Roberto Fernández Retamar. México: Era, 1967d. 640-649.
- _____. “Instrucciones para los cuadros destinados al trabajo urbano”. 1967. *El Che en Bolivia. Documentos y testimonios*, T. 2. Ed. Carlos Soria Galvarro. La Paz: La Razón, 2005a. 224-228.
- _____. “Diario del Che en Bolivia”. *El Che en Bolivia. Documentos y testimonios*, T. 1. Ed. Carlos Soria Galvarro. La Paz: La Razón, 2005b.
- Helman, Alfredo. *El Militante*. Milán: Edizione Clandestine, 2005.
- Koselleck, Reinhart. “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa, dos categorías históricas”. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Lanusse, Lucas. *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*. Buenos Aires: Vergara, 2005.
- Montoneros. “El llanto del enemigo”. *Cristianismo y Revolución* 28 (1971): 70-73.
- Nicanoff, Sergio y Axel Castellano. *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina: La historia del “Vasco” Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*. Buenos Aires: Ediciones del CCC: 2006.
- [Olmedo, Carlos]. “Notas para una valoración de la situación nacional”, 1968. Legajo 320, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria.
- _____. “Informe de la Reunión Nacional de Mandos”, 1970. Legajo 320, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria.
- Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). 1967. “Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad”. *El marxismo en América Latina*. Comp. Michael Löwy. México: Era, 1982.
- Pereyra, Daniel. *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Buenos Aires: Canguro, 2000.
- Pérez, Eduardo. “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”. *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia Documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I. Comps Duhalde, Eduardo y Eduardo Pérez. Buenos Aires: De la Campana, 2003.
- Poder Ejecutivo Nacional. *El terrorismo en la Argentina*. Buenos Aires: PEN, 1979.

Pollak, Michael. “Memoria e identidad social”. *Memoria, olvido, silencio*. La Plata: Al margen, 2006.

Ramírez, Ana Julia. “Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates (2008): pp. s/ numerar. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/38892>.

Rodríguez Ostría, Gustavo. *Sin tiempo para las palabras. Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus, 2006.

_____. “Luis Faustino Stamponi. Una vida en la lucha armada, 1967-1976”. *Anuario Lucha Armada* (2011): 214-132.

Rot, Gabriel. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000.

S/d. autor. “Operativo ‘Juanita’ (la quema de los supermercados Minimax)”. *Liberación por la patria socialista* 21 (1974): 13-15.

Taibo, Ignacio. *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*. Buenos Aires: Planeta, 1996.

Vergez, Héctor. *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*. Buenos Aires: ed. del autor, 1995.

Vignollés, Alejandra. *Doble Condena. La verdadera historia de Roberto Quieto*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011.

Yofre, Juan Bautista. *Nadie Fue*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008.

Entrevistas realizadas por la autora

Jorge Omar Lewinger (tres sesiones), Buenos Aires, 27 de diciembre de 2007 y 15 y 27 de diciembre de 2011.

Eduardo Jozami, Buenos Aires, 14 de diciembre de 2007.

Lila Pastoriza, Buenos Aires, 9 de marzo de 2010.

Alfredo Moles, intercambio electrónico Buenos Aires / España, abril-marzo 2010 y diciembre 2011.

Néstor Lavergne, Buenos Aires, 16 de febrero de 2012.

Sara Solarz (dos sesiones vía skype), Buenos Aires / Suiza, 4 y 11 de abril de 2012.

“Militante de FAR 1”, Buenos Aires, 6 de marzo de 2012.

“Militante de FAR 2”, Buenos Aires, 11 de enero de 2012.

Mercedes Carazo, intercambio electrónico Buenos Aires / Perú, marzo-abril de 2012.

Ricardo Rodrigo, intercambio electrónico Buenos Aires / España, enero-marzo 2012.

Entrevistas disponibles en el “Archivo Oral Memoria Abierta” (AOMA)

Oscar Terán (dos sesiones), Buenos Aires, 16 y 25 de noviembre de 2005.

Eduardo Jozami (dos sesiones), Buenos Aires, 17 y 25 de octubre de 2002.

Ángel Abus (dos sesiones), Buenos Aires, 2 y 9 de abril de 2008.